

CARRERA CONTRA EL TIEMPO

La amenaza en Europa de una recesión en W, es decir, que a la que ya hemos sufrido le siga otra de similar o superior intensidad, planea sobre los parques y sobre los mercados de deuda. Las espantadas de Axel Weber primero y de Jürgen Stark a continuación han alarmado a los inversores y sus efectos en cotizaciones y primas de riesgo han sido devastadores. La impresión causada es que la gente seria, harta ya del remoloneo de los políticos y del espectáculo lamentable de un Banco Central Europeo, creado para garantizar la estabilidad del euro y luchar contra la inflación, transformado en un comprador enloquecido de bonos basura, se marcha a su casa después de sacudir de sus zapatos el polvo de la Eurotower . Como es natural, la perspectiva de ver al guardián de la moneda única en manos de italianos, franceses y españoles no resulta tranquilizadora en las presentes circunstancias. Si a este panorama inquietante añadimos los rumores crecientes de que Grecia no podrá evitar el incumplimiento de sus obligaciones crediticias, el riesgo de pánico generalizado se incrementa día a día. Estamos asistiendo a una carrera contra el tiempo. Por un lado, los gobiernos de la Eurozona están procediendo a recortes de gasto y a la puesta en marcha de cambios profundos en sus mercados laborales, en su estructura territorial y en sus sistemas fiscales para sanear sus cuentas y volver al crecimiento. Por otro, los eventuales financiadores de sus déficits no creen en la sinceridad de sus propósitos ni están satisfechos con el ritmo y la ambición de las reformas, con lo que van aumentando sus exigencias de remuneración de sus préstamos y de fortaleza de sus garantías. En este combate contra el reloj parece que los políticos tienen las de perder frente a sus acreedores porque se encuentran prisioneros de métodos de toma de decisión demasiado lentos y complejos y de la presión de sus opiniones públicas irritadas ante los sacrificios que se les exigen. Basta contemplar la bochornosa actitud de los sindicatos de enseñanza en España cuando se les ha pedido una mínima colaboración en pro de la mejora de la productividad. Mientras, la pelota sigue aumentando de tamaño y se vislumbra un final de la escapada en forma de estallido incontrolable. La única solución en la Unión Europea sería la inmediata adopción por parte de los jefes de Estado y de Gobierno de una agenda común de medidas en la línea de los acuerdos ya cerrados, pero con un grado de obligatoriedad inexcusable e inescapable. Esta hoja de ruta vinculante debería ir acompañada del establecimiento de un verdadero gobierno económico europeo que metiese en vereda a los díscolos y a los incumplidores. Por tanto, si los mercados siguen moviéndose más deprisa que los gobiernos, iremos todos, ciudadanos, Estados y bancos, de cabeza al precipicio.

Aleix Vidal-Quadras

(Época 18/09/2011)